

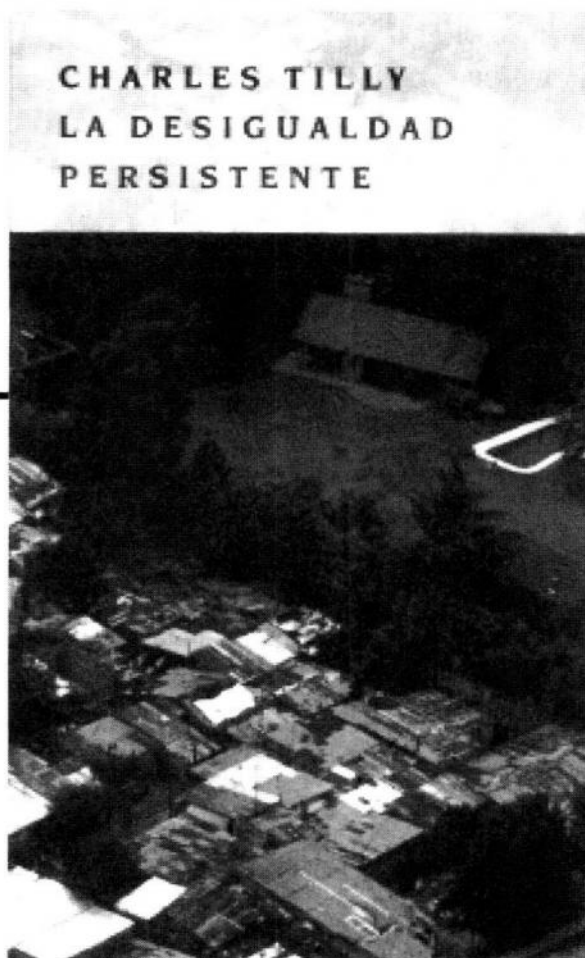
## La desigualdad persistente

Charles Tilly

Manantial, Buenos Aires, 2000

---

por Karina Mouzo



Charles Tilly, profesor de la Universidad de Columbia y ex director del Centro de Estudios para el Cambio Social de la New School for Social Research, propone en este libro titulado *La desigualdad persistente* un análisis relacional de aquellas inequidades sociales que, más allá de sus fluctuaciones, se mantienen en su forma básica a través del tiempo y de los distintos tipos de organizaciones. Como ejemplos paradigmáticos toma los pares categoriales blanco/negro, varón/mujer, ciudadano/ extranjero, etc; entendiendo como categorías a aquellas construcciones sociales que agrupan agentes considerados en algún aspecto similares frente a un otro distinto. Para cada caso da vastos e interesantes ejemplos, tanto actuales como pasados.

El objetivo del libro es desmitificar aquellos postulados esencialistas que basándo-

se en análisis de casos individuales, consideran que las diferencias en la obtención de bienes –materiales o simbólicos– son el resultado de causas genéticas, de capacidades innatas, de personalidad, etc.. En esta perspectiva señala que dar una respuesta al libro *The Bell Curve* de Herrnstein y Murray –donde intentan argumentar la existencia de dichas esencias–, “...es importante tanto en el plano analítico como moral y político”.

Desde una perspectiva histórica comparativa, el autor se apoya en hipótesis contrafácticas para sostener su visión acerca del mundo capitalista, donde si bien no se puede acabar con la explotación –base fundamental de su funcionamiento–, sí se la puede hacer menos nociva para aquellos sectores que categorialmente están conectados con los sectores de mayores recursos en una escala jerárquica.

Las preguntas que guían el libro son las siguientes: ¿por qué la desigualdad categorial se perpetúa y penetra en distintas esferas de la vida social? ¿Cuáles son las posibilidades objetivas de cambio posibles de introducir intencionalmente en estas áreas?

Para responder, Tilly recurre a análisis comparativos entre los distintos pares categoriales en busca de similitudes en las causas de su persistencia.

La explotación (personas poseedoras de recursos, que extraen utilidades del esfuerzo de terceros a los cuales excluyen de todo el valor agregado por ese esfuerzo) y el acaparamiento de oportunidades (miembros de una categoría que ganan el acceso a un bien valioso, renovable, sujeto a monopolio) son los dos mecanismos básicos a través de los cuales se establece la desigualdad categorial. La emulación (copia de un modelo organizacional) y la adaptación (producción de conocimiento local, y libretos para establecer las rutinas diarias basadas en desigualdades categoriales) simentan los anteriores mecanismos.

Es decir, las categorías, de manera general, son usadas como herramientas de dominio dentro de los diferentes campos organizacionales. Para comprender un poco más esto, el autor señala la existencia de dos tipos de categorías: las externas y las internas. Las primeras son más generales y transversales, por ejemplo ser mujer es pertenecer a una categoría que atraviesa distintos ámbitos: desde el laboral al educacional hasta el familiar. Las internas son categorías que se circunscriben a un tipo específico de organización, por ejemplo: pertenecer a la gerencia de una empresa.

La desigualdad se ve reforzada cuando las categorías externas se anexan con las internas manteniendo una continuidad entre el afuera y el adentro de cada organización. Es menos costoso, tanto en términos monetarios

como transaccionales, copiar modelos organizativos vigentes —aún a costa de no ajustarse al caso— que intentar crear modelos que, aunque resultaran más eficaces, implicarían elevados gastos de implementación.

El término organización es entendido aquí en sentido amplio como un conjunto circunscrito de relaciones sociales organizadas categorialmente, donde al menos un representante tiene facultades para movilizarse a través de la frontera organizacional.

Desde el punto de vista del autor, la desigualdad persistente se perpetúa gracias al esfuerzo no sólo de explotadores y acaparadores de oportunidades. En muchos casos son los mismos explotados quienes se preocupan por mantener la estructura existente; las razones son múltiples y van desde la posibilidad de acaparar oportunidades, hasta la imposibilidad de contar con los medios necesarios para organizarse y manifestar su repudio hacia el sistema.

Debido a la visión relacional de la realidad social que posee Tilly, la posibilidad de ruptura no está sujeta a un cambio colectivo de mentalidad. Transformaciones en el ámbito educacional, por ejemplo, sólo marginalmente pueden producir modificaciones en espacios jerárquicamente estructurados. Como alternativa, deben pensarse maneras de invertir las conveniencias, de modo tal que se puedan modificar estructuras tomado como base la elaboración de modelos alternativos que no impliquen un costo de implementación elevado, que mantengan las utilidades y, principalmente, que disminuyan las desigualdades categoriales innecesarias redistribuyendo las utilidades existentes. Para que esto sea posible se necesita de una acción política acorde, que puede provenir tanto del Estado —que como tal es explotador y acaparador de oportunidades, además de ser modelo para otras organizaciones no gubernamentales— como del surgimiento de nuevos movimientos so-

ciales. El Estado, debido a la superioridad organizacional y a el monopolio de los medios de coerción que posee, dispone de canales eficaces para la implementación de, o bien políticas sostenedoras de la inequidad social, o bien desmanteladoras de este tipo de estructura. Por otra parte, los movimientos sociales dependen de su número, unidad, dignidad y compromiso. Uno de sus rasgos definitorios es el de oponerse al poder mediante la reivindicación de los derechos de aquellos que se encuentran oprimidos. Su acción es indirecta, sus manifestaciones funcionan en el plano de lo simbólico, sin embargo su poder se encuentra en la posibilidad de retirar apoyo al régimen, o aliarse al enemigo, pasar a la acción directa, etc.

Las visiones individualistas de estos tipos de problemas suelen sostener que diferencia materiales entre actores tienen su raíz en la posesión de distintas cantidades de capital humano –suma de las capacidades que posee una persona–; por lo tanto, insisten en la futilidad de las acciones estatales como medios para equilibrar dichas diferencias. Para refutar este argumento, este sociólogo norteamericano incorpora una distinción entre los efectos directos e indirectos de las categorías desiguales. Los efectos directos provienen del sitio en que están instaladas las categorías mismas; los indirectos emanan “...de los efectos directos acumulados en la experiencia individual o colectiva”. Al producto de estos efectos indirectos es a lo que se llama capital humano olvidándose, que las capacidades humanas son socialmente construidas en la medida que para desarrollarse en un ámbito como por ejemplo el laboral se debe apelar a comunicaciones, prácticas, y convenciones que en general son previamente adquiridas, y que la experiencia anterior produce poderosos efectos en la actuación presente. Lo que se pone en juego no son las capacida-

des individuales sino –en la terminología de Bourdieu– el capital cultural que cada uno ha adquirido a lo largo de su vida.

El autor no desconoce la similitud de los datos socioeconómicos a nivel mundial, donde la brecha entre quienes están en lo alto de la pirámide social y quienes están en su base se hace cada vez más ancha; los salarios son cada vez más bajos, cada vez hay más desocupación y el poder de los sindicatos como voceros de los trabajadores ha disminuido notablemente.

Todos estos acontecimientos van en fuerte detrimento de los sistemas democráticos y sus instituciones. Es por ello que el problema analizado en este libro es de total vigencia y requiere medidas de urgencia para su pronta modificación dado que los pronósticos marcan una acentuación de los rasgos más excluyentes y nocivos.

Finalmente, y a modo de reflexión, cabe resaltar una cuestión relacionada con el concepto que utiliza el autor para indagar la emergencia de la desigualdad persistente: pares categoriales, que según textuales palabras del autor sostienen la desigualdad persistente cuando se combinan con las jerarquías. Habría que pensar, de serlo posible, qué tipos de pares categoriales no implican de por sí jerarquías. Esto, sin dudas, llevaría a desviar el debate –en una dirección más general– hacia las condiciones de emergencia del pensamiento binario. ¿Los pares oposicionales (o categoriales) que durante mucho tiempo sirvieron como formas culturales enmascaradoras y naturalistas del dominio, servirán hoy día para liberarnos del mismo yugo?

Tal vez este libro aliente a aquellos con una fuerte voluntad reformadora en el ámbito social. Sin embargo, dejará sin respuesta a quienes busquen causas más profundas o a aquellos que consideren al discurso y a la teoría herramientas para nada asépticas ❧